

TIEMPO ORDINARIO**22º tiempo ordinario****2 de septiembre****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

Seguir a Jesús con autenticidad exige, como hemos meditado antes, hacer una opción por El, dejarnos llenar de su Vida, transmitir esa Vida..... ¿Podríamos compartir las formas concretas que toma en nuestra vida la opción por Jesús? ¿Qué hacemos para mostrar que lo seguimos?

LECTURA:**Mc 7,1-8.14-15. 21-23***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS:**

Los cristianos de la primera y segunda generación recordaba na Jesús no tanto como un hombre religioso, sino como un profeta que denunciaba con audacia los peligros y trampas de toda religión. Lo suyo no era la observancia piadosa por encima de todo, sino la búsqueda apasionada de la voluntad de Dios.

Marcos, el evangelio más antiguo y directo, presenta a Jesús en conflicto con los sectores más piadosos de la sociedad judía. Sus críticas más radicales: el escándalo de una religión vacía de Dios y el pecado de sustituir la voluntad de Dios por tradiciones humanas al servicio de otros intereses.

El gran pecado. Una vez que hemos establecido nuestras normas y tradiciones, las colocamos en el lugar que solo ha de ocupar Dios. Las ponemos por encima incluso de su voluntad: no hay que pasar por alto la más mínima prescripción, aunque vaya contra el amor y haga daño a las personas.

En esa religión a Dios se lo honra solo de labios, el corazón está lejos. Se dice un credo obligatorio, pero se cree en lo que conviene; se cumplen ritos, pero no hay obediencia a Dios, sino a los hombres.

Empequeñecemos el evangelio para no tener que convertirnos demasiado. Pecado: agarrarnos de una religión desgastada y sin fuerza para transformar nuestras vidas. Seguir honrando a Dios solo con los labios. Resistimos a la conversión y vivir olvidados del proyecto de Jesús: la construcción de un mundo nuevo según el corazón de Dios.

Además, podemos observar que aún se sigue bautizando, enterrando a los muertos o celebrando bodas. La fuerza de la costumbre es grande. Los convencionalismos sociales se imponen. Se busca de alguna manera estar bien con Dios y contar con su protección divina. Pero no siempre las celebraciones son un encuentro sincero con Dios. Mucho de social, sin compromiso alguno para la vida.

Y cuando en la comunidad cristiana se dan orientaciones para celebrar la liturgia con más verdad, o cuando el sacerdote trata de ayudar a vivir la celebración de manera más responsable, se le pide que no moleste demasiado, que termine cuanto antes y que siga administrando los sacramentos como se ha hecho toda la vida. Importa el vestido, la foto, las flores, los videos. Que todo salga muy bonito y emocionante.

Recordemos a Isaías: este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío. El culto agrada a Dios cuando se produce un verdadero encuentro con él, cuando se experimenta con alegría y gozo su amor salvador y cuando se escucha su llamada a vivir una vida más fiel al evangelio de Jesús y a su proyecto del reino de Dios.

La crisis religiosa se va decantando poco a poco hacia la indiferencia. Ni se puede hablar de ateísmo o agnosticismo. Solo indiferencia religiosa donde ya no hay preguntas ni dudas ni crisis. Ausencia de inquietud religiosa. Dios no interesa. Despreocupación, sin nostalgias ni horizonte religioso alguno. No es ideología. Es una atmosfera envolvente donde la relación con Dios queda diluida.

Hay que personas que se van distanciando progresivamente, se alejan de la práctica, en su conciencia se va apagando el sentido de Dios. Otros absorbidos por las cosas de cada día, probablemente recibieron una educación religiosa débil y deficiente; hoy viven olvidados de todo.

Otros han sufrido miedos o experiencias frustrantes, se defienden olvidándolo.

Hay otro tipo de indiferencia encubierta por la piedad religiosa. Es la indiferencia de quienes se han acostumbrado a vivir la religión como una práctica externa o una tradición rutinaria. Todos hemos escuchado la queja de Dios. Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí.

Aquí Jesús está rodeado de maestros de la ley, observantes escrupulosos de las tradiciones que se resisten ciegamente a la novedad que el Profeta del amor quiere introducir en sus vidas.

Los fariseos observan indignados que sus discípulos comen con manos impuras. Jesús está rompiendo esa obediencia ciega a las tradiciones, al crear en torno suyo un espacio de libertad donde lo decisivo es el amor.

No entienden la Buena Noticia. En su corazón sigue reinando la ley, la norma, la costumbre. Lo importante es observar lo señalado por los mayores. No piensan en el bien de las personas. No les preocupa el reino de Dios y su justicia.

El error es grave por eso Jesús les responde con palabras duras. Uds. dejan de lado el mandamiento de Dios para aferrarse a la tradición de los hombres.

Sería hoy un grave error que la Iglesia quedara aprisionada en tradiciones humanas de nuestros antepasados, cuando todo nos está llamando a una conversión profunda a Jesús. Nuestra responsabilidad no es repetir el pasado, sino hacer posible en nuestros días la acogida de Jesucristo, sin ocultarlo ni oscurecerlo con tradiciones humanas, por muy venerables que nos puedan parecer.

A veces se busca refugio en una ortodoxia reforzada: un cuerpo doctrinal seguro, un código de conducta bien definido, una organización religiosa fuerte. Ante la anarquía de posiciones se busca la seguridad de la tradición. Ante la irrupción de novedades, la solidez del pasado.

Es cierto que no es bueno pretender interpretar el acontecimiento cristiano exclusivamente a partir de nuestro presente, saltando por encima la tradición cristiana y prescindiendo de la experiencia de la fe que ha animado a los seguidores de Jesús durante veinte siglos.

El cristiano que pretende releer el evangelio sin acudir a la tradición corre el riesgo de empobrecer grandemente su lectura, desconociendo toda la riqueza y posibilidades que ese evangelio ha puesto ya de manifiesto en estos siglos.

Pero hay que evitar un riesgo. La fe no es un objeto que se entrega. La fe es una vida que no puede ser comunicada sino en la misma vida. Y la única manera de vivir lo mismo en un contexto cultural nuevo consiste en vivirlo de manera nueva.

Una transmisión que solo sea transmisión de una fórmulas ortodoxas o unas rúbricas litúrgicas conducirá siempre a una asfixia mortal. En el corazón de la verdadera tradición está siempre viva la búsqueda del evangelio y del seguimiento fiel a Jesús.

Ni progresista ni tradicionalistas tienen derecho a sentirse un grupo más cristiano que el otro. Todos hemos de dejarnos juzgar por la palabra de Jesús que nos llama siempre a buscar desde el amor la conversión al reino de Dios.

La novedad de Jesús es la gratuidad frente al mérito; el valor de la persona por encima de la ley; y el cuidado de la interioridad frente a la absolutización de las tradiciones.

ORACIÓN COMUNITARIA:

ACTUAMOS: **PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO:** personal y comunitario